

que la luz natural iba faltando, se iba encendiendo tal cual lámpara en la iglesia. Había muchas mujeres orando, esparcidas acá y allá por las naves. Las brujenses usan un manto negro, especie de capuchon de paño con que se cubren hasta la cabeza. Para orar se arrodillan sobre las sillas, reclinándose ó apoyándose sobre su respaldo, y de consiguiente sin tocar al suelo. Á la escasa luz de las lámparas se divisaban por todo lo largo de aquellas vastas naves multitud de bultos negros que semejaban otras tantas apariciones fantásticas y aéreas; á lo cual añadido el misterioso silencio que en todo el templo reinaba, solo interrumpido por nuestros pasos que resonaban en aquellas bóvedas sombrías, daba á la iglesia un aspecto imponente y sublime. — Señor, me decía el buen Pelegrin, ahora sí que me parecen todas estas hermanas brujas de verdad. — ¿Y quién te ha dicho á ti, le repliqué, que las brujas visten de negro? Admiremos la devoción de estas gentes, é imitémoslas haciendo también oración. Y en efecto, nos pusimos á orar por algunos minutos.

Cárlos el Temerario.

Ya nos habían informado que en aquel templo se hallaban las tumbas de *Cárlos el Temerario* y de su hija la *Archiduquesa María*, y aun las habíamos visto por fuera de la reja en la capilla contigua á la sacristía, cubiertas con dos cajas de madera. Monumentos eran estos que yo no hubiera dejado de ver á cualquiera costa.

Aun se divisaba luz en la sacristía y nos dirigimos allá. No estaba el capellan que tenía las llaves de la capilla, y aun nos manifestaron los sacristanes la dificultad de que nos fueran enseñadas las tumbas de noche. Pero esta dificultad no desesperaba yo de vencerla con el conocimiento que del valor de los francos me habían hecho adquirir ya los viajes, y pedí las señas de la casa del capellan. Dadas que me fueron, me dediqué á buscarle; pero no estaba en casa. Á la media hora envié á Pelegrin, y tampoco. Pero yo tenía capricho de ver aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y me empeñé en obrar á lo temerario ó á lo aragones: al cuarto de hora volví yo mismo á su casa, y tuve la fortuna de encontrar al capellan clavijero. Le manifesté mi objeto, me puso las dificultades que yo esperaba, y las vencí también por el medio que esperaba.

Salimos juntos en dirección de Nuestra Señora, entrámos en

la sacristía, manda encender luces, y hétenos en la capilla de *Cárlos el Temerario* con un numeroso acompañamiento de antorchas y sacristanes. Álzanse las cubiertas y se presentan á nuestros ojos los dos magníficos mausoleos. No digo cinco francos, sino cincuenta hubiera dado de buena gana por ver aquellos soberbios sepulcros. Ambos son de bronce dorado. — Ved, nos dijo el capellan, esta estatua de cobre dorado á fuego, que representa una hermosa joven acostada sobre su tumba, las manos juntas y los piés apoyados sobre dos perritos, es la *Archiduquesa María*. Ella murió el 27 de Marzo de 1482, de edad de 25 años. Había salido á caza de garzas reales á las inmediaciones de Brujas, se le desbocó el caballo, y la estrélló contra un árbol. Se hallaba en cinta: el pudor la retrajo de declarar su mal, y una fiebre ardiente seguida de la gangrena la llevó al sepulcro con universal amargura de todos sus súbditos que la adoraban. Este monumento excede á cuanto se conoce en su género: ¡desgracia que no haya llegado á nosotros el nombre del autor! La lápida en que descansa la estatua es de piedra de toque.

« Ved estas figuritas cinceladas que rodean la tumba: reparad su expresión. ¡Oh! ellas parece que están animadas. Los ramos que sostienen, y de los cuales veis que uno sube y otro baja, son el árbol genealógico de los ascendientes paternos y maternos de la princesa, cada uno con su escudo de esmalte.

» Esta otra es la de su padre *Cárlos el Temerario*, muerto en la batalla de Nancy contra Renato, duque de Lorena. Su descendiente, el emperador *Cárlos V*, hizo trasladar sus cenizas que reposaban en la iglesia de San Jorge de Nancy, y Felipe II de España mandó construir para ellas una tumba semejante á la de su hija. Ved, pues, su estatua; separados están su casco y sus manoplas; tomadlas en la mano si gustáis. »

— Reconozco, le dije, en su semblante, el carácter violento del guerrero; los rasgos de su fisonomía me revelan al implacable enemigo de Luis XI, al terror de la Francia, al atrevido, al fiero, al temerario borgoñon. Y agolpáronse seguidamente en mi imaginación las amorosas escenas y extrañas aventuras de *Cárlos el Temerario* entre las negras rocas y espesos bosques de la antigua Helvecia, que tan bellamente nos pinta la florida pluma del vizconde de Arlincourt en su *Solitario del Monte Salvaje*. Ya me representaba al ilustre muerto cuando en el silencio de la noche seguía los pasos á la hermosa y tierna Elodía por los callados claustros de la abadía solitaria de Underlach. Ya me parecía estar oyendo

su voz cuando con fatídico y misterioso acento le decía : « Huye, tierna flor del valle : es contagioso mi aliento y precursora de la muerte mi presencia. Paloma del monasterio, guárdate del *Pico terrible* ; huye del *Monte Salvaje*. » Ya me figuraba estarle viendo en el sotillo mortuorio de Herstatt, con el manto trapeado como la vestidura de los Césares, batiendo su desgredado cabello sobre su frente varonil y descubierta, recostado en el árbol de los mausoleos. Ya recordaba los pavorosos avisos de la *Fantasma sangrienta* y las sombrías apariciones del *Osario de Morat* ; y ya, en fin, me representaba á la tímida virgen de la Helvecia arrodillada ante las aras de la capilla de Underlach, al tiempo de ir á enlazar su mano pura como la inocencia con la mano ensengratada del terrible guerrero ; y parecia resonar en mis oídos el zumbido estrepitoso del rayo mezclado con las terrorosas palabras del padre Anselmo : « ¡ Asesino de San Mauro ! ¿ Cómo te atreves á presentar en el altar del Señor tu ensangrentada mano á la hija de tu víctima ? ¡ Sacrilego guerrero ! escucha, ¿ no oyes los gritos de todos los religiosos de este monasterio degollados en el *Pico terrible* ? Elevo aquí mi voz delante del Eterno : ¡ sea anatematizado el hombre criminoso, sanguinario, conquistador, asesino, sacrilego é impío ! Caiga sobre *Cárlos el Temerario* el anatema ! el anatema ! »

Como hubiese advertido una inscripcion que en derredor del sepulcro habia, supliqué al capellan me permitiese copiarla. — Os costará trabajo leerla, me dijo, por estar en caracteres góticos harto complicados ; si gustáis, yo os la iré notando, y vos la podréis escribir. Así lo hice, y he aquí tal como la copié en mi cartera, traducida al español. Se conoce que no la habia puesto el P. Anselmo.

« Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnánimo príncipe Cárlos, duque de Borgoña, de Lotricke, del Brabante, de Limbourg, de Luxembourg y de Gueldres : conde de Flándes, de Artois, de Borgoña : palatino de Henao, de Holanda, de Zelandia, de Namur, de Zutphen : marqués del Santo Imperio : señor de Frisia, de Salins y de Malinas, el cual estando grandemente dotado de fuerzas, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Mont-le-Hery, en Normandía, en Artois, en Lieja, como en otras partes, hasta que la fortuna volviéndole la espalda le oprimió la noche de Reyes del año 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo depositado en dicho Nancy, fué despues por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Cárlos, emperador de los romanos, V de este nombre, su nieto, heredero de su nombre, victorias y señorios, trasportado á Brujas, donde el rey Felipe de Castilla, de Leon, de

Aragon y de Navarra, hijo del dicho emperador Cárlos, le ha hecho colocar en esta tumba al lado de su hija y única heredera Maria, mujer y esposa (*femme et épouse*) del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, y despues rey y emperador de los romanos. — Roguemos á Dios por su alma. — Amen. »

Otro semejante epitafio tiene el sepulcro de la archiduquesa, que no copié por no molestar al capellan.

Cuando el temerario de Francia, Napoleon, yendo en compañía de la emperatriz Maria Luisa, visitó aquellas tumbas, hizo una expresion de 10,000 francos con destino al ornato de la capilla. Yo que no era emperador, sino un pobre exclaustado, ni iba en compañía de ninguna emperatriz, sino de un miserable lego, no hice mas donativo que de 5 francos y 5,000 gracias al capellan por la molestia, y Tirabeque regaló tambien su par de medios francos á los sacristanes por el trabajo de habernos alumbrado, con lo cual ellos se mostraron muy contentos, y nosotros salimos no poco satisfechos de haber llevado adelante el empeño de visitar aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y aun de haberse puesto Tirabeque una de sus manoplas, cosa que él no se habia podido imaginar jamas.

Un tesoro en un hospital.

El *hospital* es el de *San Juan* de Brujas ; el *tesoro* es una pequeña galería de pinturas que encierra, y la cual ella por sí sola mereceria bien un viaje desde España, no digo de parte de un profesor, sino aun de parte de un aficionado. Mucho bueno hay en aquello poco. Pero lo mejor, lo mas sobresaliente, lo exquisito son dos obras de *Hemling*, del famoso *Hemling*, natural de Brujas ; de aquel calavera que por su mala chola se vió obligado á sentar plaza ; y que siendo soldado, por su poca aprehension salió herido, y tuvo que ir á curarse al hospital de San Juan ; y que despues de curado, prefiriendo el uso de los pinceles al de las armas, se las supo arreglar de manera que prolongó la convalecencia por seis años, en cuyo tiempo pagó la hospitalidad en moneda de artista, en cuadros.

Pero vive Dios que la pagó mejor que si hubiera sido en oro puro, porque solo dos de ellos, *la caja de Santa Úrsula*, y el *matri-monio místico de Santa Catalina* valen un potosí. El primero se enseña con mucho misterio por el guardian del hospicio y á fe que

lo merece bien. ; Pero el segundo ! Los piés de la Virgen sentada bajo un dosel, los cuales descansan sobre un tapiz, es cosa de echarles la mano para convencerse de que no son de carne y hueso. La verdad de las figuras excede á todo lo que uno pudiera esperar, y el vigor del colorido, despues de los siglos que por él han pasado, deja atras á muchos cuadros modernos; y sin embargo, *Hemling* no conoció el uso del óleo inventado mucho tiempo despues por Van Dyck, es decir, que estos prodigios los hizo él con su mezcla de cola, goma y clara de huevo, que constituia el mordiente de sus tintas.

Nadie que éntre en aquel hospital y pase por aquellos patios, ó por mejor decir, corrales, pensará encontrarse con este tesoro de pinturas.

El Capuchino español.

Nuestro conductor nos habia dado noticia de que en el convento de capuchinos habia un padre español. Noticia era esta que no podia ménos de interesar á dos religiosos españoles, y desde luego resolvimos pasar á hacer una visita al hermano compatriota, fuese él quien quisiera, ya que suponíamos sería algun emigrado carlista. En este concepto nos prevenimos haciéndonos nosotros tambien carlistas de repente, á trueque de inspirarle confianza.

Fuimos pues á capuchinos. Nos abrió la puerta un anciano y respetable lego, con quien nos costó trabajo entendernos, porque hablaba un flamenco cerrado que daba gloria. Al fin percibió que preguntábamos por el padre español, y nos condujo á la huerta, donde en efecto se hallaba nuestro paisano con otros padres. Acercósenos este con su hábito pardo oscuro, su puntiagudo capuchon, su barba larga negra, y sus antiparras. Sería como de unos 36 años.— ; Es Vd. el padre español?— Servidor de Vds.; ; y Vds. lo son tambien?— Todos somos compatriotas. — ; Cuánto me alegro ! Vamos á la pieza de locutorio.

Pasámos á una habitacion al lado de la porteria, nos sentámos en unos bancos de madera, y comenzó este diálogo :— Vd. se servirá dispensarnos esta libertad, le dije, nacida solo del deseo de saludar á un compatriota. — ; Oh ! yo tengo mucho gusto en ello : ; hace mucho que han salido Vds. de España?— Algunos meses. — ; Cómo está ahora aquello ? ; Está tranquilo ?— Lo estaba cuando nosotros hemos salido de allá ; pero ahora, con motivo de

los sucesos de Octubre suponemos que se habrán inquietado un poco los ánimos. ; Y Vd. hace mucho que falta de España?— Como año y medio. — ; Pues cómo ha sido (si puedo permitirme esta pregunta) el haber tomado el hábito en esta casa?— Yo era ya capuchino : entré con otros prisioneros en Francia, estuve en varios depósitos, recibiamos mal trato, y últimamente nos faltaron los recursos : tuve noticia de que en este convento me darian entrada, y en efecto, me felicito de la determinacion, porque me hallo bien y bastante considerado.

Al oír esto, empezó Tirabeque á tirarme del gaban, como queriendo decirme que no nos habíamos equivocado en suponerle carlista, y tratando él ya de lucirse, le dijo :— pues nosotros nos acogimos al indulto. — ; Hola ! ; Vds. tambien estuvieron en el ejército carlista ? ; En qué país ?— En Navarra. — Navarro soy yo tambien : ; puedo saber la gracia de Vds. ?— Nuestros nombres (me anticipé yo á decir porque no me lo echara á perder Tirabeque) son Diego López y Fernando Pérez. — No conozco esos nombres. — No es fácil, repuso Pelegrin : entre tantos... ; Y qué tal se come en este convento ?— Bastante bien. — Y á los legos ; qué tal les va ? Tambien perfectamente. Pero aseguro á Vds. que desearia en el alma volver á España. Si supiera que me habrian de dejar vivir tranquilamente en un rincon en cualquier país, por distante que estuviese del mio, con la mejor voluntad dejaria este convento á trueque de vivir en mi patria, aunque fuese con la mayor estrechez. — ; Y qué noticias tiene Vd. (le preguntó Tirabeque) de nuestro general Cabrera ?— ; Oh ! Cabrera ! respondió como disgustado : ni le he conocido nunca, ni quiero saber nada de él. Protesto á Vds. que estoy desengañado, y que mi único anhelo sería volver á España, y vivir retirado sin oír hablar de política.

Entónces yo temiendo que Tirabeque llevara demasiado adelante la ficcion del carlismo, mudé de conversacion, y le pregunté si habia muchos religiosos en el convento. — Somos 22, me dijo. — ; Y hay muchas comunidades religiosas en el país ?— Bastantes ; y se van aumentando cada dia. Solo en Brujas ha de haber ya 26 : 22 de mujeres y 4 de hombres.

Hice por cortar el diálogo y la visita, alegando la premura del tiempo. Nos despedimos pues del hermano capuchino, haciéndonos mutuos y expresivos ofrecimientos, y salimos de allá, no sin reprender á Tirabeque por la imprudencia de sus preguntas, y

llevando una prueba mas de la influencia del amor patrio y de la decadencia de la causa carlista.

Entrámos en el hotel, dispusimos nuestras maletas, pedimos la cuenta del gasto, que por mas señas fué la mas módica de toda la expedicion, y aun pudiera calificarse de excesivamente barata, y á la média hora ya estábamos fuera de *Brujas*.

—
OSTENDE.

En otra média hora nos pusimos en OSTENDE, bello puerto de mar, distante de aquella ciudad 4 ó 5 leguas y celeberrimo en los fastos de las guerras españolas. Digo celeberrimo, porque bien merece serlo un pueblo que sostuvo uno de los sitios mas famosos de que habla la historia : sitio que comenzó en 5 de Julio de 1661, contra las tropas españolas mandadas por *Ambrosio Espinola*, el mas acreditado general de la época, y duró hasta el 22 de Setiembre de 1664 (tres años y 77 dias). La ciudad se rindió por capitulacion, habiendo perdido los sitiados 50,000 hombres, y acaso mas los sitiadores. Se cuenta que el ruido del cañon se hacia sentir en Lóndres.

Hoy *Ostende* es una poblacion de 15,000 habitantes, modernamente fortificada, de bellissimo aspecto, con calles anchas, limpias y bien empedradas, y vistosos edificios, entre los cuales sobresale el Casino, que sirve tambien de salon de baile.

Alojámonos en el hotel *de los Baños* (que por cierto son de mucho nombre los baños de mar de *Ostende*), y al instante empezámos á conocer que nos hallábamos en un pueblo que sostiene faciles y frecuentes comunicaciones con la Inglaterra. Nuestro recibimiento ya fué bastante inglés, el almuerzo mas inglés todavía, y el precio inglés enteramente : en las 4 ó 5 leguas que hay de Brujas á Ostende parecia que habíamos andado 40 ó 50 por lo ménos. Pedimos un guia y un coche, y el guia era tambien inglés; el coche se nombraba *el Vigilante n.º 6* : lo tengo bien presente, porque nos fué cobrado el carruaje muy á la inglesa.

La muralla del muelle constituye un hermoso paseo, pero la entrada del puerto es muy mediana : casi siempre que hay temporal se experimentan en *Ostende* sus desastrosos efectos. Á pesar de esto y de la estrecha empalizada que forma la bahía, y de las barras y bancos movibles de arena, y de otros muchos defectos

que tiene contra sí, como que *Ostende* es el único verdadero puerto de mar de la Bélgica, no deja de ser frecuentado de embarcaciones de todos países, formas y tamaños : á lo que contribuye la comunicacion en que el camino de hierro lo pone con el interior del país y con el Rhin. Hay un faro á la entrada del puerto y otro sobre el muelle. En este se hallan siempre de venta infinidad de cajitas, escaparates, templitos, y otros curiosos artefactos hechos de mariscos, de que tuvimos gusto de traer tambien algunas muestras á España.

Visitados sus dos grandes estanques, su jardin público, sus hospicios, sus cuarteles, y sus fábricas de encajes, de cordeleria, de tabaco y de velámen, salieron nuestras dos humanidades españolas á las doce y diez y nueve minutos del siguiente dia, y metidos en el coche-vapor, entre una colonia de ingleses, llegámos á Ambéres á las cinco y diez y nueve minutos de la tarde, despues de haber vuelto á pasar por Brujas, detenídonos un cuarto de hora en Gante, y média hora larga en la consabida Malinas.

—
AMBÉRES.

Su fundacion, historia y topografía.

Con harta y sobrada razon me punzaba, á mi Fr. Gerundio, el deseo, la curiosidad, y hasta la comezon de visitar la ciudad de AMBÉRES. Y bien justificó el resultado la impaciencia en que yo pasé la primera noche en el hotel *del Gran Labrador*, plaza de *Meir*. Recomendábame Tirabeque desde la cama la belleza de las jóvenes patronas, la obsequiosidad de los *garzones*, y el buen gusto de los panecillos, especie de bollos de leche y huevo, que á la mesa nos habian presentado en lugar de pan : mas aunque las camas no eran tan régias como las de Brusélas y Gante, él se me quedó dormido como un cachorro con la palabra y los panecillos en la boca, y yo proseguí un buen espacio desvelado por la impaciencia y aun por el presentimiento de que habria de felicitar me de visitar la antigua *Antuerpia* de los latinos y la patria de *Rubens* y de *Van Dyck*.

Así fué que al dia siguiente á primera hora, provisto del competente *commissionnaire*, que era un atento belga como de 50 años, muy decentemente portado, y sobre todo instruido y conocedor

de la historia antigua y moderna de *Ambéres*, salimos á lo que se llama *faire un tour* por la ciudad.

Las manos cortadas. Por signo de mal agüero tuvo Tirabeque el encontrar por armas de la ciudad un castillo con dos manos cortadas encima. — Señor, me dijo, sería de parecer que nos detuviéramos poco en este pueblo, porque tengo para mí que hemos de estar entre gente de malas mañas. Yo también extrañé la singularidad de semejante blason, y sobre su significado pedí explicaciones al *commissionnaire* el cual me satisfizo diciendo :

« Señores, es tradicion muy acreditada en el país que allá en tiempos antiguos vivia á las orillas del Escalda un monstruoso gigante que con una cadena de hierro tendida de uno á otro margen del rio aprisionaba á cuantos al pasar se negaban á pagarle un tributo, les cortaba las manos, y en seguida los arrojaba al rio. De aquí se cree se derivó el nombre de *Han-Werpen*, como se llamaba ántes la ciudad, que quiere decir en flamenco *mano arrojada*. De aquí el haber adoptado la ciudad las armas que Vds. están viendo, y de aquí también la costumbre, que de tiempo inmemorial se conserva, de pasear por la ciudad en las procesiones solemnes al gigante *Antígono*, arrastrando en pos de sí algunos cautivos con las manos cortadas. » — ¿Y hay algun valenton en el pueblo que se atreva á sujetar al gigante, y aun á cargar con él teniendo tan mal genio? — Es en estatua como se lleva, Sr. Tirabeque. — Eso es otra cosa ; pero de todos modos parece que las fechorías que Vd. nos cuenta del Sr. Gigante no eran méritos para tantos honores (1).

Vicisitudes. Con este motivo pedí á nuestro *Mr. Henry*, que así se llamaba el *commissionnaire*, noticias históricas acerca de la ciudad ; y con un desparpajo, que ya picaba en relacion de carretilla, me la traspasó en dos paletas del dominio de los romanos al de los lombardos, de estos á los francos, de los francos á los loreneses, de los loreneses á los condes de Flándes, de estos á los monarcas españoles, y de aquí á los alemanes, franceses, holandeses y belgas. En cuyas vicisitudes percibí que jugaban los nombres de Godofredo de Boullon, de Carlos V y Felipe II, del duque de Parma y el de Malborough, y que nombrada sitios y asaltos, guerras de religion, incendios y degüellos, el tratado de la *Barrera*, la paz de *Aquisgran*, la

(1) Otros opinan que la etimología de *Ambéres* viene de *Aend-werp*, que significa *delante del rio*. En materia de etimologías siempre ha habido *libertad de imprenta*.

capitulacion francesa, el tratado de la *Haya*, y sobre todo las sangrientas escenas y horrorosas mortandades que decia haber causado las tropas españolas en sus diferentes asaltos y ocupaciones ; lo cual movió á Tirabeque á interrumpirle, diciendo : — Sí, sí, cargue Vd. ahí la mano, señor comisionista, que como les manden á Vds. quitar el pellejo á los españoles..... — ¡ Oh ! perdon ! yo no hago sino contar lo que he leído en la historia. — Lo creo muy bien, pero las historias de Vds. en llegando al punto de los españoles, ya saben aumentar hasta veinte los excesos que podrian ser como tres ; sí, sí, hacen Vds. bien, aquí que no peço.

Poblacion y figura. La poblacion de *Ambéres* en el dia, será de unas 80,000 almas : su figura es la de un arco extendido cuya cuerda la forma el *Escalda*, que tiene delante de la ciudad 180 varas de ancho por 15 de profundidad, y que internándose hasta el corazon del pueblo, permite la entrada de buques de alto bordo hasta sus mismos plazas, estacionándose en el *grand bassin* puerto, estanque ó bahía mandado construir por Napoleon.

Aunque distante todavía el Escalda 17 leguas de la embocadura del mar, su anchura y profundidad le hace navegable hasta de los grandes navios, y convierte á *Ambéres* en un verdadero puerto de mar, que es á lo que debe su importancia y prosperidad mercantil en medio de las guerras, y de las plagas, y de las vicisitudes y trastornos que casi sin interrupcion la han trabajado. Y en todos tiempos el rico comerciante de *Ambéres* ha hecho su correspondiente peso en las Bolsas de Europa, y en ningun tiempo ha dejado de hacer un papel muy principal en las comedias *la hija del rico comerciante de Ambéres*.

Las calles son generalmente anchas, alineadas y limpias ; y el rio, y los canales, y las murallas, y la ciudadela la hacen tan fuerte como veremos despues.

Recuerdos españoles.

No dábamos un paso por *Ambéres* sin que Tirabeque hiciera una exclamacion de sorpresa y alegría : — Señor, señor, mire Vd. una casa como las de España. — ¡ Oh ! sí, reponia en tono decisivo y magistrado *Mr. Henry* ; aquí hay muchas casas y muchos edificios á la española : ved, todas estas son de la época y del gusto de los españoles (y señalaba precisamente á aquellas cuyas fachadas de ladrillo terminan en punta cortada en picos á mane-